

ÍNDICE

Prólogo.	15
CAPÍTULO 1. La industria editorial y libresca en el siglo XIX	19
CAPÍTULO 2. Nacimiento y comienzos como escritor	27
CAPÍTULO 3. Primer intento en Madrid: Benito Hortelano, la Sociedad Literaria y <i>La mancha de sangre</i>	35
CAPÍTULO 4. Regreso a Granada: los impresores José Zamora y Miguel de Benavides.	43
CAPÍTULO 5. Segundo intento en Madrid y consolidación en la capital: Gaspar y Roig.	47
CAPÍTULO 6. Repercusión en México	57
CAPÍTULO 7. Primera novela en la prensa periódica de Madrid: <i>Amparo</i> en el <i>Semanario Pintoresco Español</i>	65
CAPÍTULO 8. Un antes y un después: El folletín de <i>La Discusión</i>	69
CAPÍTULO 9. <i>El Correo de Ultramar</i>	81
CAPÍTULO 10. Reediciones y novedades: colaboración con <i>La Iberia</i>	85
CAPÍTULO 11. Novelas y polémica contra la RAE: <i>El Museo Universal</i>	107
CAPÍTULO 12. La mayor fecundidad en prensa: <i>La América</i>	113
CAPÍTULO 13. <i>El Mundo Pintoresco</i>	121

CAPÍTULO 14. Taquígrafos y problemas oculares	123
CAPÍTULO 15. Miguel Guijarro.	125
CAPÍTULO 16. La culminación de la fecundidad: Urbano Manini	127
CAPÍTULO 17. Otros editores	129
CAPÍTULO 18. Críticas recibidas	133
CAPÍTULO 19. Problemas en Madrid y traslado a Francia	139
CAPÍTULO 20. Regreso a España y decadencia.	145
CAPÍTULO 21. <i>La Ilustración Española y Americana</i>	149
CAPÍTULO 22. Últimas incursiones en prensa	155
CAPÍTULO 23. Claves para ubicar la narrativa de Fernández y González	159
CAPÍTULO 24. Posibles referentes, fuentes e influencias	181
CAPÍTULO 25. Etapas en su producción novelesca	199
CAPÍTULO 26. Intencionalidad e ideología	217
CAPÍTULO 27. Últimos años y muerte.	231
CAPÍTULO 28. Reediciones póstumas en la prensa periódica, gabinetes de lectura y librerías de viejo.	235
CAPÍTULO 29. La posteridad frente a Fernández y González	241
Epílogo.	247
Bibliografía.	251
Anexo: documentos inéditos.	261
Carta de Manuel Fernández y González a Ángel Villalva (1869)	261

Carta de Manuel Fernández y González a Miguel Guijarro (1869)	262
Liquidación de la sociedad “Gaspar Editores”, antes denominada “Gaspar y Roig” y partición de los bienes del editor José Gaspar Marystani. Madrid, 05/08/1881 (fragmento)	263

PRÓLOGO

Para el público actual, el nombre del sevillano Manuel Fernández y González (1821-1888) ha quedado reducido a poco más que una anotación marginal en las historias de literatura o a una curiosidad del siglo XIX. Si resulta un escritor llamativo, suele serlo más por sus excentricidades y su pintoresca figura que por ningún mérito literario que se le pueda atribuir. El canon literario lo ha desterrado de manera categórica, mientras que los marbetes de “novelista popular” o “novelista folletinesco” lo han terminado de defenestrar. Desde su muerte hasta nuestros días hemos asistido a la aparición, de vez en cuando, de artículos nostálgicos en los que se le pone de relieve como un hito de épocas pasadas, mientras que su obra se trata siempre con mucha condescendencia. Es obvio que uno no puede convertirse en autor de más de doscientas novelas y ser constante al mismo tiempo con la calidad. Fernández y González escribió muchísimo, y gran parte de sus textos no pasan de lo mediocre, pero su corpus esconde también auténticas obras maestras que podrían seguir haciendo las delicias del público actual si desde la posteridad se le hubiese tratado con mayor benevolencia.

Para Vicente Blasco Ibáñez, que fue su discípulo y uno de sus mayores admiradores, este novelista sevillano no era de ningún modo una figura secundaria y prescindible. Al contrario, el autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* llegó a referirse a él como “el resucitador de la novela española” (1982: 97) —condecoración que hemos utilizado por título en este trabajo—, al tiempo que le concede el mérito, junto a Pérez Escrich, de enseñar “a leer a media España, desasnándola con sus relatos interesantes” (1982: 102). Pero ¿cómo se “desasna” a un país?

Fernández y González surge en un tiempo de democratización de la cultura y de popularización de la literatura, concretamente del género novelesco. Tras la muy marginal novela sensible del XVIII, y tras la aburguesada novela romántica de principios del XIX, llegaba un nuevo tipo de narrativa que aspiraba a un

público mucho más amplio. La novela de folletín, con Fernández y González a la cabeza, resultó un género asequible y atractivo para un conjunto muy grande de la población que recientemente acababa de aprender a leer.

El ascenso educativo de las clases populares, como veremos a lo largo de este libro, trajo consigo una oleada de aporofobia. El libro como objeto, en épocas pasadas, suponía un marcador de estatus social en tanto que resultaba inalcanzable a las clases menos favorecidas. Con Fernández y González, en cambio, esas barreras empiezan a desaparecer. Si se quería mantener todo elitismo en torno a la literatura impresa, era necesario desprestigiar a los autores más leídos por los pobres. Se empezaban entonces a crear barreras entre “alta” cultura y “baja”, entre literatura “canónica” y otra que no lo era tanto. Ya no bastaba con saber leer, sino con interesarse por lo que las élites sociales del momento dictaminaban como meritorio. Un planteamiento a todas luces reduccionista y dialógico, que busca preservar lo literario no como un bien general para todas las personas, sino como un lujo social con el que marcar el “nivel cultural” de unos pocos. Y una de las principales desventajas de que este enfoque haya subsistido ha sido precisamente la pérdida de literatura tan valiosa como mucha de la que compuso Manuel Fernández y González.

No pretendemos llegar aquí al extremo totalmente opuesto, el de plantear una equivalencia absoluta entre todas las obras existentes y reducir la calidad literaria al mero gusto personal de cada individuo. Es un hecho objetivo, y sería engañarse plantear lo contrario, que no todo lo que compuso este escritor se hizo con el mismo cuidado y esmero, luego resulta lógico que algunas novelas suyas, tal vez la mayoría, brillen mucho menos y tengan muy poco que decir al lector actual. Pero, del mismo modo, su corpus sigue albergando textos como *Obispo, casado y rey* o la *Historia de un hombre contada por su esqueleto*, que quizá habrían podido trascender mucho más si hubiesen sido firmados por un autor más prestigioso. El elitismo aporofóbico al que antes aludimos ha podido suponer un claro sesgo que tradicionalmente ha impedido la apreciación de cualquiera de sus novelas.

La solución a estas faltas de objetividad no es ahora situarnos en el otro extremo y cantar las alabanzas de Fernández y González con independencia del texto, sino ser ecuanímenes al valorarlo e intentar distinguir dónde su talento brillaba más. A partir de este criterio se ha reeditado recientemente una de sus mejores obras, *El condestable don Álvaro de Luna*, en la editorial Re-

nacimiento (2021). Es muy probable que en años próximos vean la luz más títulos suyos que aún pueden generar interés para el público actual. Mientras tanto, con el presente libro pretendemos familiarizar al lector de hoy con esta figura tan memorable, para cuyo acercamiento se hacía tan necesario el trazado de una biografía mínimamente rigurosa.

Hasta el momento, parecía tarea por realizar la elaboración de una. Hemos contado hasta la presente fecha con el libro de Hernández Girbal (1931), pero no plantea una metodología clara, y su carácter novelesco nos impide conocer qué datos son reales y cuáles son invención del autor. Parte de la información que da, como veremos a lo largo de este trabajo, es errónea, por lo que no consideramos aconsejable tomar como real nada de lo ahí planteado sin que se contraste con otras fuentes. Avilés Diz ya ha explicado los problemas de utilizar esa obra:

Con muchas reservas se debe tomar como referencia el conocido trabajo de Florentino Hernández Girbal *Una vida pintoresca: Manuel Fernández y González. Biografía novelada* (1931), debido precisamente a la constante mezcla de datos biográficos susceptibles de ser reales con la constante tendencia del periodista a la novelización desmesurada de momentos y episodios puntuales de la vida del autor, haciendo necesario intentar separar constantemente los datos estrictamente biográficos de los fabulados por la mente del biógrafo (2021: 64).

Por ello, se ha evitado tomar como referente para esbozar la vida de Manuel Fernández y González, ya que esto nos expondría a introducir mucha información errónea. En su lugar, hemos preferido optar por sintetizar lo recogido en los correspondientes apartados de los trabajos de Avilés Diz (2009; 2021) y Préstamo Landín (2019). La prensa, a su vez, ha sido otra de nuestras principales fuentes, junto con los mismos libros del autor, pero también hemos hecho uso de toda la bibliografía tocante al mundo del libro en la España del XIX. Tengamos en cuenta que este escritor no llegó a adquirir tanta relevancia cultural gracias solo a su propio mérito, ni a su talento literario. El contexto, y en especial la industria editorial, facilitaron el fenómeno en ventas que supusieron sus novelas. Por aquel entonces, “la conclusión del difícil empeño de ver impresos sus escritos adquiriría rango por sí mismo de capital simbólico, como emblema de reconocimiento del talento individual

y la percepción de considerarse partícipe de un mundo de influencias” (Martínez Martín, 2002: 16). La enorme cantidad de casas editoriales distintas que se atrevieron a publicar obras de Fernández y González es prueba de hasta qué punto pudo labrarse una reputación y ser percibido como alguien aplaudido por la mayoría de los lectores.

Esto es destacable, sobre todo, teniendo en cuenta el influjo de estas obras en el desarrollo de la industria editorial. Botrel comenta que “el sistema de publicación por entregas, al hacer económicamente asequible la compra del libro, permitió ampliar el mercado y por consiguiente la actividad editorial, creando así, en cierta medida una demanda” (1974: 133), pero no sin antes haber aclarado que “la novela por entregas no representa una parte importante de la actividad editorial”, sino un porcentaje relativamente pequeño (Botrel, 1974: 131), lo que hace del éxito de Fernández y González un fenómeno peculiar dentro de su terreno. Pero para precisar esto es necesario, por un lado, explicar algunos puntos clave del funcionamiento de la industria editorial en aquel entonces, y también concretar a qué impresores estuvo vinculado y de qué modo. Utilizando las referencias bibliográficas de la tesis de Préstamo Landín (2019: 257-274), así como el CCPB, WorldCat y Google Books, sin olvidar los propios ejemplares que hemos manejado, podemos trazar un esbozo sobre cuáles fueron los impresores de las ediciones príncipes de sus novelas¹. Por lo demás, constantes consultas en el buscador electrónico de la Hemeroteca Digital de la BNE y de la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica nos han permitido atesorar el resto de la información que a continuación ofrecemos, ordenada y dispuesta de manera cronológica, para que sea más asequible al lector.

¹ Para evitar constantes reiteraciones innecesarias, no indicamos la fuente de la que proviene cada dato cuando está entre esas tres, pero introducimos aclaraciones pertinentes cuando no han sido suficientes y nos hemos visto obligados a emplear otras. Sin embargo, y pese a las fuentes consultadas, nos ha sido imposible localizar en qué imprenta se publicaron por primera vez las siguientes novelas: *El asno cojo* (1849), *El corregidor de Almagro* (1856), *Una historia inverosímil* (1862), *Don Francisco de Quevedo* (1865), *El rey del puñal* (1870), *El rey maldito* (1870), *Los buscavidas* (1874) —de esta última sabemos la fecha gracias a Zavala (1971: 160)—, *El alma de Juan Padilla* (1879), *La canalla* (1884), *José María el Tempranillo* (1886), *La niña de los diamantes* (1887) y la póstuma *La castellana de Vejer* (1923). La BNE tiene digitalizado el manuscrito de *La manola de ayer, la manola de hoy*, de la que no sabemos si llegó a publicarse: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000198704&page=1> [consulta el 08/03/2022].